

Patrullando la ciudad

Pedro Nuñez*

Artigo

1 La emergencia de la juventud

*Well I'm running police on my back
I've been hiding police on my back
There was a shooting police on my back
And the victim well he wont come back
What have I done?
I been running monday tuesday Wednesday
Thursday friday saturday sunday runnin
Monday tuesday wednesday thursday Friday
Saturday Sunday
Yes, I'm running down the railway track
Could you help me? police on my back
They will catch me if I dare drop back
Wont you give me all the speed I lack
Police on my back
The Clash (Sandinista, 1980)*

* Cursa el Programa de Doctorado en Ciencias Sociales (UNGS-IDES). Becario de la Comisión de Investigaciones Científicas de la Provincia de Buenos Aires en cuestiones de juventud. Forma parte del Equipo de Sociología de la UNGS, asistente de investigación en Flacso en el Proyecto "Intersecciones entre desigualdad y educación media – un análisis de las dinámicas de producción y reproducción de la desigualdad escolar y social en cuatro jurisdicciones". Contacto: pnunez@ungs.edu.ar / pedronunez74@hotmail.com. El autor quisiera agradecer tanto al jefe del Programa Patrullas Urbanas en la ciudad del estudio, quien facilitó el trabajo de campo, como los agentes y los jóvenes entrevistados que mostraron la mejor predisposición. También me encuentro en deuda con los comentarios a versiones previas de este artículo de Gabriel Kessler, Silvana Sánchez y Mariana Chaves, y con Gabriela Haymes por la traducción del abstract.

La policía sobre mis espaldas. Tal vez el título de la canción de The Clash permita pensar la emergencia de la categoría de juventud en la Argentina, enmarcada por el contexto de violencia de las décadas de los 1960 y 1970. Corren los tiempos donde tienen lugar La noche de los bastones largos, el Cordobazo (un año después del mayo francés), la presentación en sociedad de Montoneros con el secuestro y asesinato de Aramburu (realizado justamente en el primer aniversario del Cordobazo), pero también los de la transformación de esa “juventud maravillosa” en “imberbes”¹. Es en definitiva el momento del crecimiento de las organizaciones político-militares, así como de la aparición de un fenómeno cultural que tendrá fuertes repercusiones sociales y políticas: el rock nacional. Mientras la vanguardia artística y cultural porteña experimenta en los happenings del Di Tella² (PUJOL, 1999), se inicia otro tipo de movilizaciones mediante las cuales los sectores tradicionales del poder intentarán contener a los jóvenes. Es el caso de las peregrinaciones a la basílica de Luján, que comienzan en 1974. El contexto de movilización social y protesta obrera, estudiantil y popular es, pues, el telón de fondo donde se desarrollan los acontecimientos, expresando modos diversos de crítica al orden de las cosas. Época en la cual los jóvenes emergen como una importante franja del mercado de consumo,

¹ En el año 1966, el gobierno de facto intervino en las universidades. El 29 de julio de ese año, la policía irrumpió en la Facultad de Ciencias Exactas y apaleó brutalmente a estudiantes y docentes, el episodio se conoce como La noche de los bastones largos. El jueves, 29 de junio de 1969, los obreros cordobeses, apoyados principalmente por estudiantes, protagonizaron una protesta contra la dictadura que logró, pese a la represión, prácticamente tomar la ciudad de Córdoba, dichas movilizaciones son conocidas como el Cordobazo. Las frases “juventud maravillosa” y “jóvenes imberbes” son referencias de Perón hacia los sectores juveniles de la denominada tendencia, la primera durante su exilio en Madrid, la segunda durante el discurso de conmemoración del Primero de Mayo de 1974, cuando se produce la ruptura de Montoneros, organización político-militar de la Juventud Peronista con Perón, retirándose las columnas de la agrupación de la Plaza de Mayo.

² El Instituto Di Tella fue fundado por la familia de dicho nombre. Se constituyó en la década del 1960 en un lugar donde se realizaron las exposiciones artísticas más vanguardistas.

pero fundamentalmente se caracterizan por diferentes formas de sociabilidad, de establecer relaciones afectivas, entender la autoridad o vivir su sexualidad, que contribuyeron a pensar a la juventud, también en la Argentina, como un estrato social independiente.

Hacia fines de los años 1960 y comienzos de los 1970, al igual que en otros lugares del mundo, la juventud argentina adquirió un papel protagónico en el plano político, social y cultural, a partir de un cuestionamiento de los valores vigentes tanto en lo que respecta a la vida privada como la pública, politizándola (OLLIER, 1998). Es también, a grandes rasgos, momento de bifurcación de caminos. Unos se vincularán al hippismo y el rock nacional con un énfasis en lo privado, más que en lo público, mientras otros toman un camino revolucionario, político, privilegiando lo público sobre lo privado, uniéndose a las fracciones más revolucionarias de los partidos políticos con la creencia de que el cambio no sólo es posible, sino necesario (OLLIER, 1998). De esta manera, organizaciones político-militares como Montoneros o ERP³ contarán con una importante militancia proveniente de los sectores juveniles. Es el momento de la recuperación de las imágenes del Che Guevara y de Eva Perón. Una Evita juvenil, con los cabellos al viento, expresión de la pasión y rebeldía de la juventud. Símbolo de una época en la cual, como destaca Beatriz Sarlo (2003), se podía festejar sin demasiados cuestionamientos morales la muerte de Aramburu.

Estas experiencias de participación llegan a su fin con la brutal represión y el terrorismo de Estado impuesto en el país a partir del golpe de 1976. Ese año, finalmente, la ideología del golpismo fue todavía más revolucionaria respecto al golpe del 1966: intentó instaurar un disciplinamiento social y esbozar un cambio en la estructura económico-social del país. Confluyen así

³ El Ejército Revolucionario del Pueblo fue el brazo armado del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT). Fundado en 1968 y liderado por Mario Santucho, la organización se encontraba prácticamente diezmada para el momento del golpe de estado de 1976. Ese año, su líder murió en lo que las fuerzas armadas denominaron un "enfrentamiento".

la Doctrina de Seguridad Nacional⁴ junto a un proceso de desindustrialización y apertura económica. Este reconfiguró el espacio público y privado, perdiendo dichas esferas su diferenciación (FILC, 1997). El Estado, desde su autodefinición como guardián de la nación, interpeló el rol de las familias ante la “enfermedad” subversiva que corroía la sociedad. Ese lugar de amor “natural”, unidad mínima de una nación pensada como gran familia, debía ser la encargada de preservar a la juventud, enderezarla, cuidar a los verdaderos hijos impidiendo que se transformasen en subversivos. En el discurso y en la práctica, “[...] la concepción de la nación como familia daba lugar a la definición de las relaciones políticas entre el Estado y los ciudadanos como familiares, de modo que los derechos y deberes de la ciudadanía eran reemplazados por la obediencia filial (FILC, 1997, p. 47). En la gran mayoría de los municipios del país, los militares convocarán a “vecinos prestigiosos” para gobernar remarcando la tajante separación entre administración y política que desde sus orígenes mantenía esta forma de organizar el poder local⁵.

El retorno a la democracia implicará un considerable avance en cuanto a las posibilidades de ejercicio de derechos. Los jóvenes ya no son un enemigo interno peligroso, pese a lo cual desde amplios sectores las miradas destacan sus características “problemáticas” (retomando un discurso de los años 1960)⁶. Se

4 El Informe “Nunca Más”, de la Comisión Nacional sobre la Desaparición de Personas – Conadep (1994, p. 294), registra que el 69,13% de los desaparecidos tenían entre 16 y 30 años. A esto debe sumarse aproximadamente 500 niños, que hoy son jóvenes, nacidos en cautiverio y apropiados, que no conocen su verdadera identidad y a los cuales Abuelas de Plaza de Mayo sigue buscando.

5 En los momentos previos a la sanción de la Constitución Nacional, fue Alberdi quien pensó especialmente el rol de los municipios en el proyecto de país que se imponía. En el debate que mantuvo con Sarmiento, a la sazón ambos miembros de la elite gobernante, aunque sólo el segundo llegó a la presidencia, sostenía que el rol que debía asumir el régimen municipal implicaba una tajante separación entre administración y política, reduciendo la esfera de la ciudadanía y limitando el margen de acción municipal.

6 Como marca Braslavsky (1986), la violencia sobre los jóvenes se inició antes de 1976, ya desde la década del 1960 se intervienen en las universidades, se reprimen movilizaciones obreras y se identifica al joven con la violencia. El Proceso profundizará esta imagen durante la represión y culminará enviando conscriptos sin preparación a la Guerra de Malvinas.

enfatan los aspectos biológicos, médicos o psicológicos que intentan explicar la juventud a partir de particularidades intrínsecas de los cuerpos. En el imaginario social, a la vez que vivimos cierto clima de época en que sectores etarios más amplios atraviesan un proceso de juvenalización, revalorizando ciertas pautas de consumo típicamente juvenil, se los señala como escépticos y descreídos; poco propensos a la participación política y social. A partir de los años 1990 prevalece este tipo de discurso negativo y paternalista junto con una situación de crisis económica y social que potencia prácticas comunes de la cultura política argentina como la violencia institucional, transformándose en elementos funcionales a la aplicación de las políticas neoliberales. Por esos años, el temor ante el incremento de los hechos delictivos posa su mirada sobre los jóvenes, responsabilizándolos del aumento de la violencia.

A la par de la construcción de un imaginario que vincula jóvenes y delito, se extienden las prácticas de gatillo fácil. Como señalan los informes de los años 2003 y 2004 de la Correpí, en ellos “[...] casi todas las víctimas responden a una misma definición de clase: jóvenes pobres, desempleados y excluidos” (CORREPI, 2003 y 2004). El que primero suscitó la atención pública resultó el asesinato a manos de la policía de tres jóvenes de un barrio popular el 8 de mayo de 1987. La llamada Masacre de Ingeniero Budge se convirtió en símbolo de una época, la transición democrática, donde más allá de los avances de la institucionalización en el reclamo de justicia y la confianza en ella, el sistema penal “[...] incorporó a los jóvenes en la construcción social del criminal” (CINGOLD, 1996, p. 139). Le siguieron, entre tantos otros, la muerte de Walter Bulacio en una comisaría después de un recital de rock o el de Sergio Schiavini mientras tomaba algo en un bar, producto de disparos de la policía que perseguían supuestamente a delincuentes. Como así también el de Sebastián Bordón en una comisaría en Mendoza, los de Darío Riquelme y Mariano Wittis, ladrón y rehén asesinados por la policía a escasa distancia, Carla Lacorte, quien quedó parálitica al recibir un disparo de arma policial durante un tiroteo en el cual estuvo atrapada, o la denominada Masacre de Floresta, en el cual donde un custodio privado

asesinó a tres jóvenes, hasta la muerte de Ezequiel Demonty, encontrado en aguas del Riachuelo en La Boca, después de que a la salida de una bailanta la policía lo detuviera con unos amigos y los hiciera meter en el agua como “escarmiento”⁷. El aumento de la violencia institucional en un entorno dominado por los cambios en el rol del Estado y el mercado de trabajo “[...] no puede separarse de un proceso de polarización cada vez mayor de la sociedad, que implicó una mayor sensación de amenaza por parte de los sectores sociales más altos” (CINGOLD, 1996, p. 140). Se da, además, en un contexto dominado por lo que Frederic ha llamado desplazamiento de la política, donde pierde lugar como espacio de procesamiento del conflicto (FREDERIC, p. 2004). El miedo repercute en las maneras de entender y vivir el espacio público y la esfera ciudadana. Establece un nuevo orden jerárquico donde, entre las inseguridades posibles, la visible es la vinculada a la delictiva, oscureciendo otro tipo de amenazas como la laboral y/o la económica.

⁷ La seguidilla de actos violentos realizados contra jóvenes es impresionante. A continuación, se señalan las fechas de los casos citados. Walter Bulacio tenía 17 años cuando fue detenido en un recital de rock el 20 de abril de 1991; muerto una semana después como consecuencia de los golpes recibidos en la comisaría; Sergio Schiavini, de 32 años, era víctima unos días después, el 29 de mayo del mismo año, de los disparos de la policía en un bar; el 12 de octubre de 1997, fue encontrado muerto en un paraje cercano al destacamento policial de El Nihuil, San Rafael, provincia de Mendoza, Sebastián Bordón, de 17 años, quien falleció a consecuencia de los golpes sufridos y cuyo cuerpo fue allí abandonado; el 21 de septiembre de 2000, Darío Riquelme, de 16 años, tomó como rehén a Mariano Wittis, quien tenía 23 años, para asaltar un banco, ambos fueron asesinados por la policía, que disparó sin ser atacada; sus familias se unieron en reclamo de justicia; el 1^{er} de junio de 2001, Carla Lacorte, de 29 años, quedó atrapada en un tiroteo cuando volvía a su casa en Quilmes, desde la facultad de la UBA, donde estudiaba Veterinaria. Como consecuencia del disparo de un arma policial, quedó paralítica; el 29 de diciembre de 2001, un custodio privado de una estación de servicio del barrio de Floresta asesinó a tres jóvenes, Adrián Matassa, Cristian Gómez y Maximiliano Tasca, de 23 años el primero, y 25 los dos restantes, enojado por una frase que uno de ellos habría dicho sobre los sucesos del 19 y 20 de diciembre de 2001; Ezequiel Demonty murió ahogado a los 19 años el 14 de septiembre de 2002. Los mencionados son tan sólo algunos de los casos que mayor repercusión pública tuvieron. En junio de 2002, fueron asesinados Darío Santillán y Maximiliano Kosteki, militantes de organizaciones piqueteras en la llamada Masacre de Avellaneda, que tuvo el efecto de acelerar la transición que encarnaba el entonces presidente Duhalde convocando a elecciones.

2 Repensando la relación jóvenes-violencia

¿Cómo entender las transformaciones que tienen lugar en la sociedad en los últimos años? De manera paralela a los cambios en el rol del Estado y la flexibilización y precarización del mercado de trabajo, en diversos países, emerge con persistencia el temor a la inseguridad, principalmente delictiva, pero también laboral. El uso de la violencia, no necesariamente percibida como tal por los actores, a fin de imponer o contrarrestar estas dinámicas desiguales, ha sido una característica de estos años. En el ámbito latinoamericano, existen importantes estudios sobre grupos de jóvenes que recurren a la violencia. Los trabajos acerca de las bandas, los pachucos y cholos, de Valenzuela Arce (2002), así como el análisis de Monsivais sobre la cultura del narcotráfico, realidad a la cual los jóvenes se van habituando entre riesgos altísimos y la búsqueda de aventura (MONSIVAIS, 2002), o el intento de domesticar la dupla terror-miedo, integrándolo como algo cotidiano para que pierda su poder destructivo, que señala Serrano Amaya (2004), exploran nuevas dimensiones para repensar las prácticas de los jóvenes ante un contexto desigual. En la Argentina durante el 2004, se publicaron también investigaciones sobre estas cuestiones. Trabajos como **Violencia, delitos y justicias** reúne estudios que brindan novedosas alternativas de abordaje y permiten renovar los análisis sobre violencia en la línea desarrollada por el libro compilado por Jelin (1997), **Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 1990**. Desde otros trabajos, como el de Kessler (2004), se argumenta contra las propuestas de disminuir la edad de imputabilidad y el incremento de penas que el caso Blumberg⁸ reactivó, vinculando las nuevas formas de delito con los cambios en el mercado de trabajo. Por su parte, **Heridas urbanas** (ISLA Y MÍGUEZ, 2004) recoge

⁸ El 24 de marzo de 2004, Axel Blumberg, un joven de la zona de San Isidro, al norte de la ciudad de Buenos Aires, apareció asesinado luego de cinco días de secuestro. Su padre, Juan Carlos, encabezó una serie de actos, marchas al Congreso, se hizo presente en las sesiones y presentó un petitorio firmado por miles de personas exigiendo leyes más severas contra el delito, exigiendo justicia. Esta suerte de cruzada, que contó con el apoyo de gran parte de los medios de comunicación y de sectores de la derecha, reactivó el debate acerca de la seguridad.

trabajos sobre jóvenes en conflicto con la ley y las dinámicas barriales de la violencia contrapuestas a las trayectorias delictivas de los “malvados”, los ladrones profesionales. Los autores recuperan el concepto de pánico moral mediante el cual se construye una realidad violenta protagonizada por jóvenes, lo que refuerza su encapsulamiento, la autoreferencialidad. Más allá de los diferentes enfoques, una matriz común los interrelaciona. El corpus teórico permite sostener un camino de indagación sobre la manera en que se va constituyendo la idea de peligrosidad de los jóvenes. Este trabajo intenta ser un aporte para la reflexión en esa misma dirección. Sin embargo, existe un aspecto que debe diferenciarse. En el caso que presento, los jóvenes son potenciales delinquentes, potenciales usurpadores de un espacio público reservado para los vecinos del centro. No están cometiendo ningún delito ni tampoco fueron, quizás aún no fueron, debería decir, víctimas (no pude constatar ninguna prueba empírica de abusos policiales más allá de la de por sí abusiva detención por su aspecto).

A fin de profundizar el análisis en la vinculación jóvenes-violencia, quisiera recuperar las ideas desarrolladas en el libro recientemente editado por Feixa y Ferrándiz (2005) acerca de las culturas y políticas de la violencia. Los trabajos presentados, desde el estudio de la intifada como rito de paso a la adultez, símbolo de masculinidad y autoridad, la violencia de las porras universitarias en México, su representación en la reunión del G8 en Génova o los juzgamientos populares en el *squatter camp* sudafricano, permiten desnaturalizar la relación jóvenes-violencia. Lo cual nos enfrenta a cuestiones centrales para su estudio. Por un lado, siguiendo la argumentación de los autores en el epílogo, volver a resaltar que, pese a que en la representación mediática de la violencia los rostros siempre son jóvenes, el concepto de juventud no es universal. Por otro, sostienen, supone también la comprensión del por qué los imaginarios violentos se concentran en este grupo de edad, lo que implica cuestionar las relaciones de hegemonía y subalternidad reconstruyendo las estrategias de las imágenes mediáticas que producen los imaginarios y las prácticas violentas. Será Bourgois (2005), en el artículo publicado en el mismo libro, quien reflexiona sobre la violencia a partir

de su trabajo etnográfico con la guerrilla salvadoreña y en la *innercity* neoyorquina, quien proponga una definición de violencia como procesual a partir de cuatro formas y expresiones en que se manifiesta: la violencia política, referida a represión militar, tortura policial y resistencia armada; la estructural, vinculada a la opresión político-económica y la desigualdad social enraizadas históricamente; la violencia simbólica, definida por Bourdieu como las humillaciones y legitimaciones de desigualdad y jerarquía internalizadas que incluyen desde el sexismo y el racismo hasta las expresiones íntimas del poder de clase, y la violencia cotidiana, es decir prácticas y expresiones diarias de violencia en el nivel micro-interaccional, ya sea interpersonal, doméstica o delincinencial. En definitiva, los estudios existentes, a los cuales hicimos brevemente referencia aquí, nos recuerdan la necesidad de contextualizar el fenómeno de la violencia en cada sociedad particular en que se origina y despliega, vinculada a otros procesos que ocurren de manera simultánea. Ella se encuentra presente en una sociedad que tiene determinadas condiciones sociales, políticas, económicas, culturales, una historia y un presente, ciertas costumbres, hábitos, actitudes y tradiciones. De allí la importancia de repolitizar la violencia ejercida y padecida por los jóvenes y (a)culturar los códigos compartidos que la inspiran (FEIXA y FERRÁNDIZ, 2004).

El análisis articulando las dimensiones de desigualdad, violencia y juventud aparece como alternativa válida a fin de indagar con mayor complejidad en el tema. El incremento de las desigualdades llevó a que, desde las Ciencias Sociales, fuera necesario repensar las claves que permiten su consolidación, cuando no su legitimación. Frente a ello, han surgido diversos trabajos que intentaron profundizar en estas cuestiones. En el contexto europeo, principalmente en Francia a partir de la discusión en torno a la nueva cuestión social, Fitoussi y Rosanvallon sostienen que a las clásicas desigualdades que se derivan del uso de indicadores económicos, divisiones de clase social o cuestiones de poder, se suman “nuevas”, inter e intra categoriales, más móviles y flexibles (FITOUSSI y ROSANVALLON, 1997). Por su parte, Castel, analizando el qué es estar protegido y los debates respecto a la seguridad, nos habla del resurgimiento de las clases peligrosas, imaginario ahora

situado en el cuerpo de jóvenes de los suburbios parisinos a partir de la cristalización en estos grupos de las amenazas que enfrenta una sociedad. Al separar en el análisis seguridad civil de la social, este se simplifica, oscureciendo el conflicto (CASTEL, 2004).

La cuestión de la violencia tiene múltiples miradas, y continuamente surgen conceptos “nuevos” para tratar de explicar “nuevos” fenómenos. Ese es el caso de lo que conocemos como violencia juvenil⁹. La desigualdad en el trato, el vedar la circulación en el espacio público a los jóvenes, tiene una raíz en las costumbre, en las características de la cultura política local. Al instalarse la inseguridad como problema central que acapara la atención pública, colabora en la construcción por parte de la sociedad de una imagen sobre los jóvenes “normales”. La difusión de conceptos prácticamente nuevos como violencia y delincuencia juvenil¹⁰ sirven no sólo, como se presume, para delimitar nuevos fenómenos, sino para intensificar un cierto control social que asegure un desarrollo “normal” de los jóvenes según ideas no concebidas por ellos. Sin negar que muchos consuman sustancias psicoactivas o protagonicen hechos violentos, la paranoia y el temor de otros sectores sociales genera que algunas zonas de la ciudad sean espacios prohibidos, legitimando los abusos policiales. El mantenimiento de la jerarquía se impone sobre la igualdad de trato y el respeto de las diferencias como valor a preservar.

⁹ Entiendo por violencia juvenil “[...] aquellos actos realizados por adolescentes o jóvenes destructores de una realidad propia o ajena a ellos, tanto si las víctimas afectadas por sus actos son otros adolescentes o jóvenes, o personas adultas, o sus entornos y propiedades, privadas o públicas, individuales o colectivas [...] hay que recordar por un lado las conductas de autoviolencia, autolisis, suicidio, etc.; por otro la violencia padecida por los adolescentes y jóvenes a cargo de los adultos o de las instituciones” (FUNES, 1994).

¹⁰ “[...] aparece una realidad sentida, imaginada, vivenciada, construída [...] que nada tiene que ver con la realidad objetiva, pero que poco a poco se convierte en real para los grupos y las personas. No está nada claro, por ejemplo, que los jóvenes de hoy en día sean más violentos que los de antes, ni siquiera que hagan más delitos, pero podemos llegar a estar socialmente convencidos de que vivimos una oleada de violencia juvenil” (FUNES, 1994). Los recientes hechos ocurridos en un recital en República de Cromagnon, donde, como consecuencia de un incendio debido a las precarias instalaciones, fallecieron 193 jóvenes, vuelven a poner sobre la arena pública la discusión sobre los jóvenes normales y otros tipos de seguridad.

En nuestro país, tal como presentaba en la introducción, la violencia no es un fenómeno nuevo, sino prácticamente constitutivo de la tradición política y social. El resentimiento como resorte de acción o reacción socio-político (CASTEL, 2004) se activa en el rechazo al otro. Puede ser utilizado sobre los jóvenes, pero también por ellos contra otros jóvenes. Se escenifica a veces a través del fútbol (GARRIGA ZIGAL, 2005), otras por la música que se escucha, algunas por la identificación barrial, muchas por la lucha por un puesto de trabajo. Con el objetivo de desnaturalizar la violencia juvenil, es necesario pensar su estudio en relación tanto a la violencia doméstica, los acosos (laborales y/o sexuales), la represión policial o censura social de sus actitudes, así como la violencia que genera el maltrato en el mercado de trabajo, la distancia que imponen algunas instituciones o la falta de expectativas y oportunidades que ofrece la sociedad. Esto brinda la posibilidad de analizar la violencia no como un cuerpo extraño, sino presente en nuestras diversas interacciones cotidianas. Lo dicho permite entender el fenómeno intolerante como residual, cíclico, retroalimentándose de la misma sociedad para explotar esporádicamente en hechos que adquieren relevancia pública vinculado al pasado histórico y a formas de xenofobia presentes en sectores sociales mucho más extensos (FEIXA, PALLARES, COSTA, 2000).

En este artículo, enfocaré el análisis en la supuesta presencia real y objetiva de la denominada violencia y delincuencia juvenil, para lo cual presentaré el trabajo de campo realizado en una ciudad intermedia del interior de la Provincia de Buenos Aires que llamaré General Zorroaquín, donde desde hace dos años se implementa el programa de Patrullas Urbanas a fin de colaborar con la policía en la prevención del delito¹¹. Él consiste en la circulación de patrulleros con un empleado municipal (por la noche, un empleado de una empresa de seguridad privada) y un policía en siete zonas delimitadas por circuitos de aproximadamente

¹¹ En la Provincia de Buenos Aires, los municipios no tienen poder sobre la policía, sino que ésta depende del Ministerio de Seguridad Provincial. El nombre del municipio fue modificado para preservar la identidad de las personas entrevistadas.

cuatro por doce cuadras, todas del casco urbano. Me interesa, principalmente, resaltar la construcción de una imagen en la sociedad argentina que naturaliza la condición juvenil como violenta. Sostendré que ella se activa a partir de reincorporar a los debates actuales ideas presentes en la tradición política y social del país. Espero poder mostrar que, en un contexto donde se resquebrajan los mecanismos que hacían posible cierta integración social, la salida autoritaria es, dentro del repertorio de acciones a las cuales determinada sociedad puede apelar, aquella fácilmente reconocida por los diferentes actores intervinientes. Son los recursos que pueden ponerse en juego en el momento del juicio a fin de reequilibrar posiciones. En tanto recursos disponibles, cercanos, concretos, permiten el surgimiento de un consenso tácito al ser considerados como válidos por los distintos actores, incluso por quienes lo padecen. Entendida de esta forma, la adopción de la salida autoritaria no se vincula tanto a una demanda por parte de la mal llamada opinión pública, sino que se encuentra relacionada a la cultura política del país. La alternativa a fin de reconstituir una situación es restablecer la jerarquía generando una nueva grilla compartida de intangibilidad, donde se determina aquello posible y lo prohibido. Por un lado, el de los vecinos prestigiosos, se trata de preservar un espacio considerado propio, un sentido de comunidad, de buena sociedad que, como nos recuerda Bauman (2000), en la actualidad se reduce al tamaño del vecindario más inmediato. Por otro lado, el de los jóvenes, se acepta como natural la nueva disposición, con una pasividad pasmosa que sorprende al observador externo. Para ellos, la rearticulación de cariz autoritario ante la descomposición de los vínculos sociales que posibilitaban la integración social puede tan sólo representar tener que hacer frente a situaciones conocidas, si no en el caso personal, en el de su entorno y por lo tanto también transmitida. A pesar de que pueda llamarnos la atención la facilidad para internalizarla, ella permite desplegar diferentes estrategias, muchas veces interrelacionadas: la adaptación, la denuncia, la resistencia. En el caso que presento, no se trata de que no existan prácticas de resistencia, sino que éstas tienen lugar, de diversas maneras, en el tiempo del ocio. El espacio,

el escenario, donde los contendientes saben se canalizarán las rebeldías. La introducción del límite implica, a la vez, la certeza de que intentará ser violado. Las peleas, el solo hecho de lograr traspasar el control y estar en la esquina del boliche tomando cerveza son un triunfo. Personal o, a lo sumo, compartido con su reducido grupo de amigos, que le resta épica pero triunfo al fin. Tanto desde los adultos como desde los jóvenes, a la vez que se refuerzan las relaciones jerárquicas, también las de género. Como si estuvieran ante una suerte de escenario teatral, cada uno cumple el rol esperado, aunque se sabe que las actuaciones no implicarán cambios significativos en su situación. Es la presencia de una violencia internalizada, conocida, legitimada por los mismos actores. Y por eso mismo eficaz. Consecuencia directa del desmembramiento de aquella sociedad integrada que la Argentina supo alguna vez ser o quisimos creer que era y que tenía (y conserva) la violencia como eje articulador. Tal como muestra O'Donnell, la sociedad argentina se caracterizaba por ser relativamente igualitaria, y autoritaria y violenta a la vez (O'DONNELL, 2004). Los años de consolidación democrática, los cuales desde ya implicaron considerables avances, no han desterrado estas tradiciones.

El impacto del supuesto incremento de los delitos y el aumento de la violencia, que “por suerte es en menor medida que en otros distritos, como en el gran Buenos Aires”, repercute en una sociedad que se percibía a sí misma como integrada. En el municipio de General Zorroaquín, las Patrullas Urbanas intentan mantener un espacio de integración social, carente de conflicto, que ya no es posible. Son la última frontera de una sociedad en transformación. Construcción de un imaginario reforzado desde los medios de comunicación en los cuales los jóvenes aparecen protagonizando bien peleas, bien tragedias, víctimas y victimarios. El miedo adquiere un nuevo rostro: joven, pobre y desempleado. Tácitamente reconocido por los diferentes actores, legitima la emergencia de la tradición autoritaria. La extensión de la justificación de la justicia por mano propia, la proliferación de alarmas y guardias de seguridad, la idea de que el Estado no hace nada (compartida por diferentes clases sociales) posibilitan la construcción de un discurso hegemónico que señala al

movimiento de derechos humanos como que “sólo se ocupa de los derechos humanos de los delincuentes”, que pide la implementación de la mano dura y la pena de muerte, que anhela los linchamientos colectivos. En este discurso, no hay otro camino, “hay que poner orden”, “vivir seguros” como si la desigualdad social fuera inevitable, cual melodrama apocalíptico. Tal como Monsivais señala, “[...] no se cree en la autonomía moral de las personas, sino en el fatalismo: unos nacen para ser asaltados y otros para delinquir” (MONSIVAIS, 2005, p. 20).

En este contexto, existe en la ciudad intermedia del interior de la Provincia de Buenos Aires un consenso sobre sus problemas. Una nueva jerarquía aflora reorganizando las demandas. En el discurso de todos los partidos políticos, la cuestión de la seguridad civil es de las temáticas principales. El día en que realicé el recorrido con la Patrulla Urbana, al cual dedicaré la cuarta sección, Blumberg estuvo en la ciudad invitado por la Sociedad Rural para dar una charla a la cual asistieron 300 personas. Hemos aquí un último sentido del límite. En una ciudad que, de acuerdo a datos del Programa de Fortalecimiento Democrático de la Jefatura de Gabinete Nacional, el 31% de sus habitantes no cree en la democracia como sistema de gobierno, las Patrullas Urbanas intentan ser la última frontera ante la gente que apoya la vuelta de los militares. O, en palabras del responsable del programa, refiriéndose a uno de sus hijos: “*No que vengan los milicos y me lo lleven porque estudia*”. El miedo al otro, la construcción de peligrosidad de los jóvenes tiene sus raíces tanto en la tradición violenta y autoritaria del país como en el incremento de las desigualdades y el desmoronamiento de una sociedad integrada que atravesamos en los últimos años.

3 Una ciudad intermedia del interior de la Provincia de Buenos Aires

General Zorroaquín se encuentra ubicada en el centro norte de la Provincia de Buenos Aires, a mitad de camino entre las ciudades de Buenos Aires y Rosario. En sus orígenes, que se remontan a la época colonial, fue lugar de descanso destinado a

los viajeros en tránsito entre Buenos Aires y el Alto Perú para luego, durante el proceso de organización del Estado-nación, convertirse en fuerte, con el propósito de resguardar las fronteras de la invasión de los malones indígenas. Cuenta con amplias extensiones de tierra dedicadas a la producción agropecuaria, en los últimos años a la plantación de soja, pero también existe un importante desarrollo de la industria textil. Ambas economías se vieron notablemente favorecidas en el contexto socio-económico posterior a la devaluación de enero del 2002. La población, según datos del Censo Nacional del año 2001, ronda los 100.000 habitantes (95.021 habitantes), de los cuales el 11% se encuentra desocupado, mientras el 10% no cubre las necesidades básicas, aunque los valores pueden haber disminuido los últimos años. Concentra 2.862 Planes Jefes/as de Hogar, a razón de 34,7 habitantes por beneficiario. Para muchos jóvenes, la movilidad territorial aparece como central en sus vidas, no sólo por pasar de un trabajo a otro, sino por las distancias que tienen que recorrer para estudiar, a pesar de que recientemente se inauguró una universidad. Desde el año 1999, gobierna el mismo intendente, miembro de uno de los partidos tradicionales con fuerte raigambre en el interior de la provincia.

La mejora en los índices socio-económicos no se ve reflejada en la interacción social. Flota una sensación de inseguridad ante el aumento de los delitos, supuestamente realizados además con una violencia a la que los pobladores dicen no estar acostumbrados. Según cuentan los vecinos, General Zorroaquín era una ciudad tranquila, donde todos se conocían y no existían grandes diferencias sociales. Sin embargo, en los últimos tiempos el promedio de hechos delictivos se incrementó de una media de 5 a 6 a 30 mensuales. Presuroso, un gobierno municipal que había visto la municipalidad ocupada durante la crisis política y social de diciembre de 2001 diseñó nuevas políticas, implementando el Programa Patrullas Urbanas. El surgimiento de la ciudad como frontera resulta un interesante punto de partida para reflexionar sobre la experiencia de los jóvenes. El ajuste estructural en nivel nacional deviene en un proceso que afecta la relación entre Estado-sociedad y, aún más importante para nuestro trabajo, conlleva fuertes

cambios en la interacción cotidiana, en las formas adecuadas tanto de comportamiento como de ser joven; en las maneras de relacionarnos con los otros. Aquella sociedad que se creía integrada (re)descubre el conflicto. Lo que trae aparejado notorios cambios en la forma de entender al municipio por parte tanto de los actores involucrados en la toma de decisiones de políticas públicas como del conjunto de habitantes relacionados con determinado territorio.

Sin embargo, los peligros no parecen ser tales. General Zorroaquín ostenta, según estadísticas del Ministerio de Seguridad Provincial, uno de los menores índices de hechos delictivos. El problema pareciera ser otro. El jefe del programa, sentado en un sofá que resiste los últimos usos, resume: “[...] nosotros estamos acostumbrados a vivir de otra manera, a vivir con las puertas abiertas, a vivir tranquilo y ahora lamentablemente tenemos la marginación, el problema socio-económico y un montón de factores como la escasez de trabajo, el desempleo... un montón de factores”. Lo que paraliza a los pobladores es el robo a mano armada. En cuanto a los jóvenes, los problemas pasan por “[...] un poco el alcohol en la noche, estamos atacando el tema droga, porque vio algún porro. Igual, yo creo que acá están más o menos marcados los lugares. Normalmente, no hay problemas. Acá hay... Desde que cerró un boliche que estaba en el cruce, que era para bailareros, ahora esos chicos andan en otros bailes, y de repente había un grupito que se venían para acá. Ahora, con la presencia policial, ya no. El problema que tienen estos chicos que por ahí andan con un cortaplumas, se crean grupitos, entonces tratamos de que no pase eso”. En este contexto, podemos entender el programa como uno de los últimos intentos de preservar una idea de comunidad integrada. De esta forma, para los jóvenes el espacio del ocio “[...] lamentablemente está diferenciado, en mi época no ocurría eso, tal vez en tu época tampoco, ahora ocurre. Se tienen como odio, lamento decirlo”. Para ello, nada mejor que “cada lechón en su teta”. “Uno sabe que los chicos de acá no va a haber problemas, yo creo que los chicos se sienten como protegidos. Cuando pasa la patrulla, no hay ningún resentimiento ni agresión, no hay peleas entre ellos”. Uno de sus hijos, quien salió al reducido living a saludar mientras espera los amigos para ir a

bailar, mira desde la puerta de su cuarto con cara que combina respeto por la palabra adulta y desacuerdo con la última frase.

4 Traspasando los límites

Un día después del incendio en la Ciudad de Buenos Aires del boliche Cromagnon, durante un recital de rock y mientras las Madres del Dolor¹² pedían no festejar en demasía por respeto a las víctimas en la ciudad de General Zorroaquin, se produjo una batalla campal entre jóvenes. La última noche del año 2004 concluyó con cerca de doscientos detenidos y varias botellas de cerveza rotas en las veredas. Para los vecinos, se traspasó un límite en cuanto a la tolerancia de hechos “vandálicos”. Como resultado, se incrementaron los controles en los diferentes boliches de la ciudad, en parte legitimados luego del incendio en Buenos Aires. Entre las medidas tomadas de común acuerdo entre la municipalidad y los empresarios, se decidió no vender más cerveza en botellas; incómodos pero inofensivos vasos de plástico del estilo cumpleaños fueron los nuevos recipientes a utilizar.

La noche de uno de los sábados que estuve en la ciudad, cerca de las 11 y media, una de las patrullas me pasó a buscar por la puerta del hotel, tal como habíamos acordado. Esperaba en el lobby, apurando el cigarrillo, abrigado por el frío, cámara y grabador en mano. Se presentaron una mujer policía y un guardia de seguridad privada quienes amablemente me solicitaron el documento. Sorteado el límite de ingreso, comenzó el recorrido. Absorto en mis pensamientos, al comienzo articulando pocas palabras, me cuestionaba sobre la manera adecuada de encarar el trabajo de campo. En *In search of respect. Selling crack in el barrio*, Bourgois (1997) comienza reflexionando sobre las dificultades de su propia convivencia en El Barrio y las diferentes barreras culturales que su interacción con los sujetos de la investigación implicaba cruzar. Específicamente, desarrolla los fundamentos

¹² Movimiento que crearon madres que perdieron a sus hijos en hechos violentos o policiales, y que el día de la tragedia acompañaron a familiares y amigos que buscaban a quienes estaban dentro del boliche.

raciales y de clase de lo que denomina el apartheid urbano estadounidense y su articulación en una “cultura del terror” que identifica los barrios mayoritariamente latinos o afroamericanos como necesariamente peligrosos (lo cual no se confirma estadísticamente). Estaba claro que la realidad de esta ciudad mediana del interior del país difería bastante de la *innercity* neoyorquina, sin embargo sentía enfrentarme a dilemas similares o al menos ante la necesidad de violar varias barreras. Por un lado, el rechazo que desde los ámbitos académicos existe hacia la policía y las fuerzas de seguridad privada. El trabajo de campo obligaba a un esfuerzo por interactuar con ellos, comprender la lógica detrás del programa. Balbuceé algunas palabras que dieran tiempo para observar a mis circunstanciales acompañantes con mayor detenimiento. El conductor era un hombre entrado en los cuarenta, de amplia experiencia en diferentes ramas de seguridad como constataría a lo largo de la noche, casado, con hijos adolescentes. A su derecha, una mujer rubia, que quizás sin el uniforme policial fuera bastante agraciable. Veintinueve años, soltera, hija de un oficial de la policía y pasando por circunstancias similares a las de cualquier otro joven en el límite de ingreso a la adultez: precarizada, obligada para subsistir a tener que hacer trabajo extra en las rondas nocturnas de las Patrullas Urbanas. Una mujer en un ambiente monopolizado por hombres: “El tema de ser mujer, se piensan que me pueden pasar por arriba. Es como que... No se... Ellos deben... Me da la sensación de que el hecho de ser mujer... Me ven más débil, bah, que me pueden decir cualquier cosa... No sé como decirte, no sé si me entendés. Me di cuenta en el trato, así, tenes que ir... ya de entrada poniéndole límite. Si no el hecho... Me di cuenta... El hecho de que me ven mujer... Se piensan, qué sé yo... Que no tengo autoridad... ¿Como decirte, no?”. Resuenan las palabras “no sé si me entendés”, que recuerdan la segunda barrera, no menor por cierto; la establecida entre lo porteño y la Provincia; pero aún, el porteño universitario que llega a la ciudad a “estudiarlos”. Pero es momento de continuar el recorrido.

El auto de tres puertas, cubierto con la gráfica del programa Patrullas Urbanas, tomó por diferentes calles que iba descubriendo. Mis acompañantes, solícitos, fueron señalando los

lugares principales del circuito que les correspondía, las zonas oscuras y peligrosas, los dos boliches más alejados, tal vez como metáfora de los extremos de la ciudad. Uno dedicado a la música electrónica, cerca de la rotonda que lleva a las rutas que transportan la riqueza del país “donde los tragos son más caros, viene gente de otro nivel”, y la bailanta ubicada sobre una amplia avenida alejada del casco urbano. Uno de los recorridos principales fue dar vueltas por la calle que de día concentra el comercio y por la noche la aglomeración de jóvenes que ocupa veredas y calles en busca de diversión en torno a seis boliches. Los jóvenes, decíamos, quienes ante el paso de la patrulla miran entre recelosos, sorprendidos y temerosos. El hombre que conduce toca bocina “para que no jodan entre sí”. Momento ideal para escuchar qué tienen para decir, sus miradas sobre la juventud de la ciudad: “No miden el miedo, no miden consecuencias, perdieron el respeto. No tienen sentido de los límites. Para ellos, es lo mismo pelear contra uno, contra 10 o... Esquivar un auto, andar en una moto sin frenos... Te estoy hablando, sin que esté drogado... Y, bueno, pero por eso hay muchos lugares fusilados, disparos de arma de fuego, esa son las consecuencias. No hay sentido común.” La oficial remarcó: “son... Muy liberales. Muy, pero muy, muy liberales”.

Un cambio que está estrechamente vinculado, según cuentan, a la prohibición de alojar menores en las comisarías¹³. “[...] salió esa ley que no se podía tener los menores en comisaría, que no se podían trasladar, y esas cosas. Yo me acuerdo que estaban pasando la información esa por fax, y un montón de muchachitos estos de mal vivir... Que ya vienen de cuna, digamos, con padres presos... Es como que estaban enterados. Y pasábamos por la avenida, y nos escupían... Y nos hacían así (cruza sus manos como si estuviera esposado), que los lleváramos presos. Provocaban... Cascotearon una patrulla. Y ahí es donde está todo. Desde ese día, vimos como creció todo. Chicos de 10, 11 años hasta los 17... Se cuidan de los 18 para arriba, ahí sí. Se empiezan a cuidar. Incluso, cambian su manera de actuar o de

¹³ En el año 2004, el gobierno provincial tomó la decisión de impedir el alojamiento de menores en las comisarías.

contestar. Y ya está el temor a que pueden quedar presos, entonces se cuidan. Y los otros, no. Dicen, yo no sé por qué me paran”. Los años de democracia y reformas policiales no han sido tan en vano. Al menos, patovicas y policías deben entablar otro tipo de relación con los jóvenes. “[...] terminaste, si te estoy tratando bien, hermano, no nos compliquemos”, son las palabras a las cuales apelar. Los casos de golpes por parte de los guardias de seguridad en la puerta de los boliches han disminuido notoriamente estos años.

Entre las funciones de las Patrullas Urbanas, se encuentra también la de intervenir ante hechos de violencia doméstica, en los cuales “por ejemplo, puede haber una discusión de pareja o matrimonio y terminen revoleándose cosas... No te digo que es común, pero existe. Y ahí pueden llamar. Ahí, donde te digo, depende de la capacidad de las personas que van a ir... Si vas a los gritos, se terminan matando todos”. Otras formas de violencia. A la luz de estas palabras, intenté indagar en el perfil de joven que detienen y en su accionar ante los delitos. Los robos están generalmente protagonizados por lo que llaman caco: “Te digo caco, porque es lo más vulgar que se está usando o el callejero... Al que está toda la noche... Viendo si se puede...”. En **Sociología del delito amateur**, Kessler (2004) señala que el ingreso y salida de los jóvenes de su estudio en el delito es circunstancial, pocos continúan una carrera delictiva. Se mueven más bien guiados por una lógica de provisión que permita irse de vacaciones o al viaje de egresados, comprar marihuana, alguna ropa. La voz del agente pareciera confirmar la hipótesis al resaltar que “[...] al acecho, esperan para ver si puedo romper un vidrio y llevar un pasacassette o hay algún auto abierto... Manotearse una campera, un abrigo... O arrebatar también una cartera y salir corriendo”.

Estilo de delito realizado por un estilo particular de jóvenes. “Si entras a observar la gente... Yo creo que... Sin conocer la calidad de la persona que tiene la ciudad te das cuenta más o menos... Como van vestidos... Viste... Ven las luces y se meten la gorrita más abajo... Viste... Para que el policía que va arriba no lo reconozca. Como está el otro que está renegado y te mira fijo así y te provoca. Tiene mucha bronca, por un montón de cosas, claro, si vas al fondo del problema, tenés que ver cómo viven, cómo

fue criado, cómo lo tratan...”. Más allá de las palabras comprensivas, la delincuencia adquiere un rostro definido: joven, varón y pobre. No se detiene a mujeres, salvo que esté acompañando un grupo de hombres. “Ése es el perfil. Siempre tienen el mismo estilo... El mismo look. La gorrita, te digo porque el tema de robo calificado que tuvimos... Y ¿qué tenía puesto?, gorrita con visera... Todo... La cuellera que la usan para... Hasta acá...(señala cómo se tapan hasta los ojos). Es la típica, la gorrita con visera es la típica”. Es la emergencia de la teoría lombrosina, donde el peligro se hace cuerpo en un fenotipo definido. Pareciera tener razón Tonkonoff (1998, p. 166-167), al señalar que “[...] son ciertos consumos, ciertos gustos, ciertas actitudes y gestos, los signos que configuran una forma hegemónica de ser joven producida y reproducida massmediáticamente... Y es, al mismo tiempo, el juego de esta normalidad hegemónica el que los hace fácilmente vulnerables”.

La producción personal, la búsqueda de un estilo puede ser reapropiado por jóvenes de otros sectores sociales, “[...] por una cosa más de rebeldía. Eh... Si... Vos ves el color de pelo, un montón de cosas... No te podés así... Guiar por las marcas... Porque por ahí estos roban para poder usar... Determinada marca, por ejemplo... Pero, por ahí... Nos pelamos la frente también... Porque por ahí identificamos, pucha, el hijo de fulano de tal... Está todo bien... Igual... Se tiene que pasar por radio... Se tiene que justificar que paraste una persona... Puede ser positivo también... Jajaja, vos decís, pucha mirá vos... El hijo de tal...”. El delito no es propiedad exclusiva de los jóvenes de sectores populares, por más que sean ellos quienes más veces son detenidos. También están “[...] los chicos, bien... que salen a cometer delitos para la droga, porque el papá y la mamá le cortó... Todos los ingresos... Pero, qué pasa... Le falta la picardía callejera... Caen enseguida... Me ha pasado de verlos arriba de un auto o con un destornillador... Son más inocentes... Pero venden un pasacassette en 50 pesos y lo compran todo para el famoso porro... Se creen no se qué después...”

El surgimiento de las Patrullas Urbanas implica para los jóvenes otros usos del espacio público. No se lo abandona, sino que cambian las maneras de circulación. El aprendizaje de la ciudadanía se da en movimiento. Surgen otros lugares de

apropiación. La plaza o la esquina quedan para el tránsito veloz, “[...] antes había grupitos así en la plaza, con el tema de la droga... Ahora, saben que, si están en la plaza, van a ser identificados o los van a llevar a la comisaría, entonces, bueno...”. Los cyber funcionan como una suerte de refugio ante la desprotección de la plaza. Se transforman en lugar de encuentro, de socialización y, a la vez, considerados peligrosos por los adultos. El diario de mayor circulación señalaba en una nota aparecida por esos días que los comerciantes “[...] se suman al planteo por tener una mayor seguridad, fundamentalmente a partir de un eficiente control de los jóvenes y de los reductos en los que se mueven, especialmente los cyber, donde pasan muchas horas del día”¹⁴.

Las detenciones para pedir documentos repiten el mismo modus operandi. Un joven o varios llaman la atención por su aspecto. Durante el recorrido, ocurrieron tres: un grupo detenido al caminar por la avenida que lleva al centro, otro chico que iba solo hacia el casco urbano, y dos más que, al salir corriendo de un cyber, llamaron la atención. En esos momentos, la patrulla detiene su andar, y raudamente bajamos todos, mientras intento no perder el grabador en el camino. Un poco de miedo y adrenalina corre por los cuerpos ante otros cuerpos donde corre adrenalina y miedo. Se miran, me miran, intercambian palabras, se pide el documento, se les pregunta para dónde van, de dónde vienen, se llama a la central para cotejar la información, alguna vez se los palpa. En medio de la escena, intento acercarme a los jóvenes para hacerles alguna pregunta. Sorprendidos, me miran y responden, sin saber bien qué rol cumpla allí. Tampoco a mí me queda demasiado claro. Si les pregunto algo, sus respuestas estarán condicionadas por la situación. No van a criticar una acción policial en medio de ella, aunque alguna mirada de resignación y hartazgo se les escapa. Pasos acelerados, ruido de algún auto que pasa rápido por la avenida. Ladridos de un perro se escuchan a lo lejos. Cuando termina cada pedido de documentos, igual me animo a la conversación.

¹⁴ Edición del 5 de octubre de 2004.

“¿Qué hacen?”

“Vamos un rato al centro, al cyber”, dice Raúl, de 17 años, uno de los tres jóvenes detenidos. Dejó la escuela porque no le gustaba, y “[...] me gusta trabajar... Mucho no tengo para la escuela, entonces...”. Trabaja en una mensajería de 8 a 20, aunque al mediodía descansa, porque cierra hasta las cuatro.

“¿Por qué crees que los pararon?”

“Y como él miraba y entonces yo lo miraba, ahí se dio la vuelta así y nos frenó”.

“¿Por mirarlo?”

“Si, después le dimos el número de documento, igual que todos acá”. Vale destacar que uno de los méritos que se adjudican los hacedores del programa es que todo el mundo en la ciudad anda con su documento de identidad, práctica que el regreso a la democracia no logró desterrar.

“¿Qué piensa de las patrullas urbanas?”

“No está bien, están averiguando nada más. No, a mí no me molesta, si, total, yo, yo sé que no hago nada. A mí, no me molesta que me paren”. Según su relato, “hay un amigo que lo paran siempre. Lo paran porque... Por la carucha, jajajaaja”.

Otro de los detenidos fue Carlos, también joven, también varón, de 20 años. Iba a encontrarse con la novia, y “[...] no sé... Si vamos para Sputnik o no... Ni idea” No tiene trabajo, “[...] lo que pasa es que yo estoy terminando la escuela ahora... Termino este año y, bueno... Estoy buscando... Y se me complica un poco por esto, porque no tengo la secundaria completa...”

Repito la pregunta, “¿por qué crees que te paran?”

“Y, mirá... La mayoría de las veces, te paran según como venís vestido. O sea, vos... Ponele, venís con un buzito y la capuchita... Y... Mayormente, te paran de esa manera. A mí, me pararon un par de veces que venía con el gorrito así... Y agarré y dice... No, lo que pasa es que tiene una pinta de chorro. Mayormente, es sí.”

“¿Muchas veces te pararon?”

“No, tres, cuatro veces, más que nada averiguación de antecedentes, si tenés antecedentes, te piden documentos... No, pero... Siempre... Nunca tuve problemas. Para nada, todo tranquilo”.

“¿Cómo lo vivís?”

“Yo no tengo ningún problema. A mí, me parece bien... No... Me parece bien, más que como está ahora la ciudad... Si vos vas caminando por la calle y no sabés si te van a robar... No... Yo no tengo ningún problema que paren... Me parece bien que hagan un control.”

En sus discursos, ante un interlocutor que no saben qué rol cumple allí, se concuerda con el control. Las palabras dichas al pasar apenas terminada la detención pueden resonar como aquellas que los jóvenes creen que los adultos esperan escuchar.

5 Los jóvenes sobre otros jóvenes

Frente a la paranoia y al ulular de sirenas de las Patrullas Urbanas, quedaba por ver qué pensaban los jóvenes sobre otros jóvenes detenidos. Desde mi primer viaje a la ciudad, conocía a un grupo diverso de personas a las cuales fui contactando a través de sus amigos. Los entrevistados, de un perfil de clase media, se mostraron preocupados por la inseguridad. Algunos culpaban a “la gente que viene de Rosario”, otros ubican el peligro en quienes “son de San Nicolás y se vienen para acá”, todos en gente que “vive de lo ajeno”. Ante el incremento que decían percibir de los hechos delictivos, emergía en sus discursos la legitimación de la justicia por mano propia en defensa personal a la par que criticaban la protesta colectiva y las formas de distribución de los planes sociales. Quizás, más que una idea de justicia, expresan la de venganza, históricamente presente en la cultura política del país. Ambas entroncan con el discurso hegemónico en cuanto a la seguridad. Pero, paralelamente, surgen otras conductas; el reconocimiento de derechos de sectores discriminados como los gays y lesbianas, la búsqueda de espacios propios, otras maneras de relacionarse con las drogas, y de vivir sus derechos sexuales y reproductivos. La misma legitimación, cada vez en más casos, del aborto. En definitiva, maneras distintas de vivir, reconocerse

y relacionarse que los coloca en una situación ambigua ante la penalización de muchas de estas prácticas. Sin embargo, la supuesta mayor permisividad y respeto de los derechos individuales es puesta en jaque ante la pasividad con que se soporta el programa Patrullas Urbanas.

La última vez que estuve en la ciudad, fui a visitar a Marcos, quien fuera mi primer entrevistado, con la finalidad de conversar sobre la investigación. Tiene 27 años, convive con su pareja y, después de circular por varias ciudades y trabajos, acaba de inaugurar una casa de pastelería. “Por ahora, estamos acá”, dijo. Latente estaba la posibilidad de cambiar de proyecto. No veía como algo necesariamente malo el patrullaje o la detención de jóvenes a los que les piden documentos de acuerdo a su vestimenta. “Da una sensación de seguridad.” Pero, en seguida, sin que le preguntara, me comentó un episodio de discriminación que sufrió un amigo por parte de los patovicas al intentar entrar en uno de los boliches del centro. Según él “[...] lo caló, le sacó la ficha”. Se dio cuenta que era gay y no los dejó pasar.

La desigualdad en el trato pareciera no activar prácticas de resistencia. Sin embargo, podemos pensar que es en el espacio del ocio donde se canaliza la rebeldía. Si bien legitiman el paso de la patrulla, la burla pasa por sortearla, por ingresar al casco urbano para unos, al boliche para todos. Desde ya, no es vivido como un triunfo colectivo, sino marca de éxito personal. Lograr entrar es de alguna forma el intento de salir de una comunidad de referencia para la cual están legitimadas determinadas prácticas y no otras, e ingresar en una nueva. Ser tratados como iguales en un lugar los rejerarquiza en su entorno. Para muchos jóvenes, sortear el límite de circulación en el centro o el ingreso en los boliches brinda la sensación de pertenencia, furtiva, a la comunidad.

Al terminar la ronda y bajarme en la esquina de uno de los boliches más importantes, encontré un grupo de chicas de entre 17 y 20 años, la mayoría terminando el secundario, todas de barrios de la periferia señalados como peligrosos por los agentes de las Patrullas Urbanas. Nos pusimos a conversar, ya que me preguntaron, blandiendo copia de la partida de nacimiento, si era “legal” que no las dejaran entrar en el boliche. Las habían

discriminado, según ellas, por el color de su piel. Según sus palabras, las Patrullas Urbanas “se llevan a cualquiera”. No les parece del todo mal, salvo cuando le toca a algún amigo. En esos casos, argumentaron con un sólido conocimiento de sus derechos que dijeron aprender en la escuela que “todos somos iguales”, “tenemos derechos”, “nos tienen que tratar con dignidad”, “tenemos derechos humanos, me encantan los derechos humanos”. Sin embargo, en su cotidianeidad, más que tratar de defender derechos, se pretende zafar de la estigmatización. La producción personal, la seducción permanente son las maneras que encuentran de escapar a la marcación de la desigualdad. Como señala Chaves (2005), grupos de jóvenes buscan reconocimiento a partir de otros modos de experimentar la juventud. Lo importante es llamar la atención, para lo cual, podríamos agregar, hay que diferenciarse del otro.

Las experiencias entrelazadas de los jóvenes, la música, la plaza, la esquina, el boliche, el cyber ponen en juego las posibilidades de apropiación y/u ocupación de lugares. Las cuales generalmente se dan por la noche, suerte de espacio de liberación, lugar abierto, pero ambiguo, que permite escapar del alargamiento de su dependencia de los adultos (PALLARÉS y CEMBRANOS, 2001). En ella, son también los dispositivos del mercado los cuales garantizan la diversión y liberación. Si estos jóvenes, para quienes la identidad deriva del consumo más que del trabajo, van a expresar algún acto de rebeldía, es para demandar su derecho a seguir consumiendo (CALLEJO, 1999). Hace unos cuantos años, Willis señalaba que la libertad que falsamente promete el capitalismo al individuo puede irónicamente ser rescatada por una colectividad de individuos. Para los jóvenes de su ya clásico trabajo, existe una libertad distorsionada en las discotecas, en las calles, en las peleas, en el consumo de dinero, en rechazar a los demás; tan sólo garantizadas por el capitalismo, “No es culpa de la clase obrera – justamente lo contrario – el que esas libertades sean utilizadas para propósitos de clase” (WILLIS, 1988, p. 161).

El programa Patrullas Urbanas reproduce la desigualdad al exponer a detenciones injustificadas a diferentes grupos de jóvenes. En sus discursos, ellos sienten que les da seguridad. A la vez, tiene lugar una suerte de reapropiación de la experiencia.

Quieren ser recordados logrando sortear el límite: están en el centro, esperando entrar al boliche, tomando cerveza.

6 Las experiencias dentro de los estereotipos esperados

La noche se desvanece. Al doblar en una esquina, un patrullero policial detiene a la patrulla. Uno de los policías se acerca al conductor, quien espera con la ventanilla baja. Dice algo en voz baja. Necesita una mano, porque están de operativo y “tenemos que llevar cuatro”. “Vamos a dar la vuelta, volver ahí”, le señala la oficial al guardia de seguridad. Bueno, se acabó el paseo. No sea cosa que vea algo que no se puede.

Muchas veces las imágenes sociales estereotipadas llevan a producir actos violentos. En el caso de la violencia doméstica, las actitudes que se espera que cada género adopte legitima su uso. A lo largo de mi trabajo, se contraponían diversos roles esperados: de un lado, los vecinos prestigiosos, los mismos que tal vez participaron del gobierno local durante la dictadura, quienes esperan preservar un espacio de comunidad con límites claros escenificados en la no contaminación del casco urbano. En ese contexto, el agente de seguridad privada despliega su rol de policía honesto, con vocación de servicio. La mujer policía intenta desprenderse de la carga de género construida socialmente dejando el “límite bien claro”. Los jóvenes varones reafirman su masculinidad, es difícil ser hombre de los sectores populares y no haber sido detenido. La simultaneidad de situaciones nos permite reflexionar sobre aquello que los jóvenes quieren resaltar de sí en contraposición a cómo los muestran, y mostramos, en diferentes ámbitos. Pero, fundamentalmente, brinda la posibilidad de abordar el análisis como un conjunto donde a los mismos jóvenes detenidos los encuentro más tarde frente a los bares del centro, bebiendo felices, mientras otro camina con la cabeza gacha esperando poder entrar esa noche en uno de los boliches más exclusivos de la ciudad o recordar a Martín, quien una noche similar a esta tuvo que regresar temprano a dormir, porque a su amigo le impidieron el ingreso por ser gay. Por su parte, las mujeres exacerbaban la

producción personal, a fin de resaltar la distinción con el otro. En todos los casos, intentan sortear o preservar un límite. Lo que interrelaciona las diversas actitudes es la apelación común a un consenso autoritario, concuerdan tácitamente en las reglas a seguir.

En este trabajo, intenté comprender la lógica detrás de un programa de seguridad en una ciudad mediana del interior de la Provincia de Buenos Aires vinculándola al contexto socio-económico, pero, fundamentalmente, a la tradición autoritaria del país. Para ello, primero describí brevemente el contexto de violencia que enmarca el surgimiento de la categoría de juventud y su desarrollo en el país. En segundo lugar, propuse pensar que la solución autoritaria representa, dentro del repertorio de acciones, aquella fácilmente reconocida, aprendida por los diferentes actores, lo cual legitima su puesta en práctica. Por otra parte, pretendí articular en el análisis la desigualdad en el trato y la búsqueda de reconocimiento en el espacio del ocio. La pugna por entrar en el boliche y la sensación de seguridad que brindarían las Patrullas Urbanas marcan espacios de sociabilidad restringidos, a los cuales no todos pueden acceder, pero a los cuales todos intentan llegar. Si la ciudadanía puede ser entendida como un aprendizaje, estos jóvenes de una ciudad intermedia de la provincia de Buenos Aires están aprendiendo. A través de sus experiencias, adquieren las marcas que deja la detención que les recuerdan los atributos negativos: son jóvenes y, por lo tanto, posiblemente violentos. La naturalización de la relación juventud-violencia produce desigualdades, generando marcas discriminadoras que acompañarán las trayectorias de quienes las padecen. Para sortearlas, la apariencia, en tanto presentación ante los otros, adquiere suma trascendencia desplegándose principalmente en el tiempo y espacio del ocio.

El tránsito por estas experiencias, como hipótesis de investigación que debe necesariamente profundizarse, puede derivar en un incremento de la gheftización de comportamientos (REGUILLO, 2000), donde se legitiman ciertas cuestiones para el grupo de referencia que no tienen vigencia para el que se percibe diferente más que al respeto de la diversidad que, de manera ambigua aún, las palabras de los jóvenes expresan. Quedan por

delante numerosos desafíos a fin de desnaturalizar la relación juventud y violencia. Pero más por reconstituir un espacio público cívico, donde, tal como nos recuerda Bauman (2000), la convivencia con el otro extraño, sin pretender que renuncie a serlo o a algunos de los rasgos que lo convierten en tal, sea posible. Las dificultades en la institucionalización democrática del país se deben más a las características de la interacción cotidiana que a las leyes que puedan proponerse.

Referências bibliográficas

- BAUMAN, Zygmunt. **Modernidad líquida**. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2000.
- BOURGOIS, Philippe. **In search for respect**. Selling crack in El Barrio. London: Cambridge University Press, 1995.
- BOURGOIS, Philippe. Más allá de la violencia. Lecciones desde El Salvador. In: FEIXA, C. y FERRÁNDIZ, F. (Eds.) **Jóvenes sin tregua**. Culturas y políticas de la violencia. Barcelona: Anthropos, 2005.
- BRASLAVSKY, Cecilia. **La Juventud argentina**: informe de situación. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1986.
- CALLEJO, Javier. Bailando lambada entre tiburones. In: **Nuevas pautas de ocio de los jóvenes**. San Sebastián: Diputación Foral de Guipúzcoa, 1999.
- CHAVES, Mariana. Creando estilo. Alternativos en La Plata. In: SÁNCHEZ, S. (Comp.) **El mundo de los jóvenes en la ciudad**. Rosario: Ceacu, 2005.
- CINGOLD, Laura. Control ciudadano del des-control policial. In: Varios autores, **Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 1990**. Buenos Aires: Ed. Nuevo Hacer, 1996.
- CORREPI. **Informe Nacional**, Buenos Aires, 2003 y 2004.
- FEIXA, Carles y FERRÁNDIZ, Francisco. Epílogo. In: FEIXA, C. y FERRÁNDIZ, F. (Eds.) **Jóvenes sin tregua**. Culturas y políticas de la violencia. Barcelona: Anthropos, 2005.

FEIXA, Carles y PALLARÉS, Joan. Espacios e itinerarios para el ocio juvenil nocturno. In: **Revista de Estudios de Juventud**. nº 51, Instituto de Juventud: Madrid, 2000.

FEIXA, Carles, PALLARÉS, Joan y COSTA, Carmen. Okupas, makineros, skinheads. Ciudadanía y microculturas juveniles en Cataluña. In: FEIXA, C., PALLARÉS, J. y COSTA, C. (Eds.). **Movimientos juveniles en la Península Ibérica**. Graffitis, grifotas, ocupas. Barcelona: Ariel, 2002.

FILC, Judith. **Entre el parentesco y la política**. Familia y dictadura, 1976-1983. Buenos Aires: Biblos, 1997.

FITOUSSI, Jean Pierre y ROSANVALLON, Pierre. **La nueva era de las desigualdades**. Buenos Aires: Manantial, 1997.

FREDERIC, Sabina. **Buenos vecinos, malos políticos**. Buenos Aires: Prometeo, 2004.

FUNES, Jaume. Sobre las nuevas formas de violencia juvenil. In: **Legislación de menores en el S. XXI: análisis de derecho comparado**. Barcelona: Escuela Judicial (Consejo General del Poder Judicial), 1994.

JELÍN, Elizabeth. (Comp.). **Vida cotidiana y control institucional en la Argentina de los 1990**. Buenos Aires: Nuevo Hacer, 1996.

KESSLER, Gabriel. **Sociología del delito amateur**. Buenos Aires: Paidós, 2004.

MONSIVAIS, Carlos. “El narcotráfico y sus legiones”. In: Varios autores, **Viento rojo**. Diez historias del narco en México, México: Plaza y Janés, 2005.

MONSIVAIS, Carlos. **Se sufre porque se aprende (de las variedades del melodrama en América Latina)**. Disertación Seminario Educar la mirada, Flacso/Fundación Osde, junio 2003, 2005.

O´DONNELL, Guillermo. ¿Y a mí que mierda me importa. In: **Contrapuntos**. Buenos Aires: Paidós, 2004.

OLLIER, Matilde. **La creencia y la pasión**. Buenos Aires, Ariel, 2001.

PALLARÉS, Joan y CEMBRANOS, Felipe. La marcha, la pugna por el espacio. In: **Revista de Estudios de Juventud** nº 54. Madrid, Instituto de la Juventud, 2001.

PUJOL, Sergio. **Historia del baile, de la milonga a la disco.**

Buenos Aires: Emecé, 1999.

REGUILLO, Roxana. **Emergencia de culturas juveniles.** Estrategias del desencanto. Buenos Aires: Norma, 2000.

SARLO, Beatriz. **La pasión y la excepción.** Buenos Aires: Siglo XXI, 2003.

SERRANO AMAYA, José. **Menos querer más de la vida.**

Concepciones de vida y muerte en jóvenes urbanos. Bogotá: Universidad Central/Siglo del Hombre, 2004.

SONTAG, Susan. **Ante el dolor de los demás.** Buenos Aires: Alfaguara, 2005.

TONGKONOFF, Sergio. Desviación, diversidad e ilegalismos. Comportamientos juveniles en el Gran Buenos Aires. **Delito y Sociedad** n° 19. Buenos Aires: Instituto Gino Germani, 1998.

VALENZUELA ARCE, Manuel. De los pachucos a los cholos. Movimientos juveniles en la frontera México-Estados Unidos. In: FEIXA, C., MOLINA, L. y ALSINET, C. (Eds.). **Movimientos juveniles en América Latina.** Barcelona: Ariel, 2002.

WILLIS, Paul. **Aprendiendo a trabajar.** Madrid: Akal, 1988.